



R.2641

128

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año I Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE N.º 3

1927
KADAMÉ WAGT EINEN SEITENPROG

El champán tuvo la culpa

Sugestivo vodevil interpretado por
Xenia Desni, Livio Pavanelli, Carmen
Cartellieri, Hermann Thimig,
Hilde Bird, etc.

EXCLUSIVA DE
Importaciones Cinematográficas

Aragón, 252 BARCELONA

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis · BARCELONA

Postal obsequio: SUE CAROL

El champán fuvo la culpa

ARGUMENTO DE LA PELICULA

Clara era una rubia preciosa, una mujer esculptural. Las disposiciones contra el piropo eran inútiles a su paso. ¡Cualquiera reprimía su entusiasmo ante aquella criatura arrogante, de formas mórbidas y perfectas!

Pero como en este mundo no hay felicidad posible, las demostraciones de admiración no podían pasar de platónicas. Clara era casada y no había indicios de que se saltase a la torera la fidelidad matrimonial.

Cierta tarde, Clara hacía, con solicitudes de enamorada, el equipaje de su consorte para un precipitado viaje de negocios.

Y mientras ella arreglaba las maletas, en el cuarto contiguo, Anatolio Herbert, el marido, escribía por anticipado todas las ardientes postales que había de enviar a Clara durante su ausencia.

Así no tendría que preocuparse luego de nada. Y sonriendo pícaramente iba redactando las postales con vistas de las diferentes ciudades de su itinerario.

Adorada mía:

Quisiera haber podido retardar el terrible momento de la partida; pero el déber es un tirano desalmado que impone su yugo.

Arde en ansias de volver a abrazarte tu

ANATOLIO

Mi querida esposa:

Continúo viaje sin novedad, aunque muy triste. Los negocios, bien. Mañana proseguiré mi viaje en amarga soledad.

Te ama siempre tu

ANATOLIO

Aun escribió dos o tres misivas más, pero tuvo que ocultar precipitadamente las tarjetas postales al ver entrar a su mujer.

—Date prisa, Anatolio—le dijo ella con candida sonrisa—. Mira que vas a perder el tren.

—Sí, sí..—repuso él, señalando unos papeles con números—. Se me había atravesado este pequeño cálculo... Acabo en seguida.

—No tardes.

Pero, de pronto, descubrió Clara que asomaba por una cartera el borde de una postal y pudo leer en ella esta última frase:

Te ama siempre tu Anatolio.

Latió aceleradamente su corazón, convencida de que su marido la engañaba; y no pudo menos de exclamar:

—Me parece que tus cálculos no son mercantiles precisamente.

—¡Mujer!...

—Nada, nada... ya sé lo qué me digo.

Y volvió a su cuarto, hondamente preocupada

por aquel "Te ama siempre tu Anatolio", prueba irrefutable de alguna grave infidelidad.

¡Ah, pues de ella no se burlaba nadie! Disimularía sus sospechas para cazar a su marido en la trampa.

Anatolio no dió importancia al incidente y acabó de redactar las últimas postales.

Clara, deseosa de averiguar la verdad, llamó por teléfono a Alfredo, antiguo camarada de Anatolio y gran admirador de ella.

Se hallaba en aquel momento Alfredo en compañía de Lola, una criatura encantadora, que junto a sus perfecciones externas... y sospechables, tenía el defecto de ser ferozmente celosa.

Lola era el devaneo de Alfredo y, a veces, también su pesadilla. Continuamente tenía en su casa a aquella mujer, que pedía besos y dinero sin cansarse.

Se hallaba aquella tarde Alfredo bailando con su linda amiga y sazonando el estrecho contacto con furtivos besos, cuando llamaron por teléfono.

—¿Es usted, Alfredo? —dijo la voz alterada de Clara.

—Sí, señora... ¿Quién es?

—Habla con Clara. Me urge mucho verle. Creo que Anatolio me ha salido bígamo.

—Qué atrocidad! Es un mal que debe atajarse en seguida, sí, señora.

—Espéreme usted a la puerta de la estación dentro de una hora; él sale de viaje — agregó Clara.

—No faltaré.

Alberto dejó el teléfono y contempló a Lola, que le estaba mirando con ojos nerviosos e implacables.

—¿Quién te telefoneó? —preguntó ella, furiosa.

—Era mi director, Lola —dijo, intentando disimular.

—Eso a quien te crea... ¡Será un director con faldas, seguramente!

—¡No seas tontuela! Es un señor con unas barbas horribles... Y me llama con urgencia, nenita. Dentro de media hora volveremos a reunirnos.

—Bien; pero no querrás que te espere ahí, muriendome de aburrimiento.

—Nada de esto. Tú te vas al cabaret "Odeón" y me esperas, que no tardaré en pasar a recogerte.

—¿No me engañas?

—Tontuela!

Y mordió como un goloso en la fruta de aquellos labios... de su propiedad.

Salieron los dos. Alfredo la dejó en el cabaret de marras y luego marchó a la estación.

* * *

Clara, envuelta en su magnífico gabán de pieles, acompañó a su marido a la estación ferroviaria.

Antes de salir de su casa, manifestó la joven a sus criados:

—Esta noche no les necesito; están ustedes libres.

Ya en el andén, Anatolio disimuló a duras penas la prisa que tenía en subir a uno de los coches.

El marido vió de pronto entrar en un coche de primera... a una mujer de primera, Purita, la causa de su repentino viaje.

Con esta criatura iba él a emprender un viaje de placer que a los ojos inocentes de Clara era

de simple negocio. La idea de una aventura con Purita, una estupenda artista de cabaret, le hacía estremecerse de entusiasmo. ¡Ahí era nada unos días de loca libertad!

El tren iba a arrancar.

—No te dejes dominar por la tristeza y escríbeme de vez en cuando... siquiera una postal—le dijo Clara mientras le besaba apasionadamente.

—¿Cómo se entiende?... Te escribiré a diario... ¡y dos postales! ¡No sabes tú el marido que tienes!

Subió a uno de los departamentos, donde había solamente un caballero que ocultaba el rostro bajo un periódico.

Luego se asomó a la ventanilla y renovó sus adioses.

El convoy se puso en marcha.

Anatolio se dispuso a cambiar de departamento para ir a reunirse con Purita en un coche contiguo.

Pero, al salir, el compañero de viaje retiró el periódico y los dos hombres lanzaron una exclamación de sorpresa.

Eran antiguos amigos.

—Feliz encuentro, señor Herbert... ¡A dónde se va?... Yo estaré cuatro días en Berna... ¡Seremos compañeros?

—No, señor Sanders. Yo voy a pasar en Ginebra tres madrugadas.

—¡Ah, pícaro! Es capaz de hacer usted alguna escapatoria peligrosa...

—No anda equivocado. Y a propósito. Le pediré a usted un favor. Que me envíe cada día dos de estas postales a mi mujer.

Y puso en sus manos las que tenía escritas a prevención.

—Acepto. Las mandaré con puntualidad.

—Muy agradecido.

Y, cogiendo su equipaje, Anatolio se encaminó al coche donde ya Purita comenzaba a impacientarse.

Se besaron y abrazaron repetidamente, sentándose en el mullido almohadón.

—Me parece un sueño realizar este viaje contigo, Purita. ¡Dulce libertad!... Con razón llaman "esposas" a las casadas.

Corrió discretamente las cortinas y quedaron aislados en suave intimidad, cambiándose besos y caricias, sintiendo Anatolio el contacto de aquella carne de seda sobre la suya.

Y para acabar de endulzar a Purita las horas del viaje, la obsequió con caramelos y dulces.

Y el tren marchaba... Y el vagón parecía quejarse, murmurar, acompañar con su rumor de hierro las ternezas de los enamorados. ¡Ah, vagones de ferrocarriles! ¡Cuántas cosas podríais contar de lo que habéis visto!

* * *

Clara y Alfredo se encontraron a la salida de la estación.

Estrecháronse la mano y Alfredo pudo constatar una vez más que la esposa de su amigo valía un Perú...

—Vea usted, amiga Clara, con qué puntualidad vine... Camino de casa hablaremos de su desdicha.

—¿A casa de usted? No sé hasta qué punto debo ir a esta hora.

—Pero, Clarita, ¿no soy el mejor amigo de su esposo, no lo soy de usted? Usted sabe que soy un hombre leal... y que no debe tener escrúpulos.

—Bueno... acepto... En su casa hablaremos de lo que me sucede.



... la obsequió con caramelos y dulces.

Y, subiendo a un automóvil, a los pocos minutos se encontraban en la elegante "garçonne" de Alfredo.

La damita quitóse el gabán y mostró un precioso traje que moldeaba formas incomparables.

Y al mismo tiempo, toda la estancia pareció inundada de un tibio perfume, como si el cuerpo de aquella mujer fuera un frasco de esencia.

Alfredo, sonriente, se esforzó en demostrar a su amiga que Anatolio no le era infiel.

—No me engaña usted, Alfredo? ¿Cree que el viaje de Anatolio no persigue un fin malo?

—¿Qué ha de ser malo, Clara?... Es peor, mucho peor... que se atormente usted con esas ideas.

—Es que si me engañase...

—No piense en ello. Mire, ya que ha honrado usted mi casa, preciso es que nos distraigamos un poquito. Voy a tocar el gramófono.

—¡Gracias!

—Y aquí tengo unas pastas y champán para endulzar el resto de la velada.

—¡Qué bueno es usted, Alfredo!

—¡Usted se lo merece todo, Clarita!

Puso una pieza en el fonógrafo e invitó a bailar a su amiguita. Ella aceptó y los dos dieron unas vueltas, muy estrechamente unidos...

Bueno... aquella era una maravillosa mujer... Alfredo se sentía mareado junto a aquel cuerpo que acariciaba al suyo con su peso blando y tibio...

Al llevar a su casa a Clara no había asaltado a Alfredo ningún deseo pecaminoso, sino, por el contrario, el anhelo de tranquilizar los celos de la mujercita. Pero ¡el diablo tiene unas cosas!... Alfredo, durante el baile, se preguntó si podría resistir demasiado su ardua labor de amigo fiel...

De pronto sonó el timbre del teléfono.

El se puso al aparato. Quien llamaba era Lola, que llevaba en Odeón varias medias horas esperando a solas con sus nervios.

—Soy Lola—dijo una voz indignada de mujer—. ¡Ya me han salido canas esperando, Alfredo!

Turbadísimo y deseando que Clara no se enterrara de sus relaciones con Lolín, dijo:

—Sí, sí... comprendido.

—Contéstame con razones, no con evasivas. ¿Por qué no vienes?

—Claro qué sí... Naturalmente.

—¡Tú tienes ahí una mujer, sinvergüenza!

—No... Eso de ningún modo...

Clara había acudido al lado del teléfono y al ver la turbación de su amigo, preguntó:

—¿Quién es?

Apartando el aparato, Alfredo explicó:

—Es mi director... Un carácter suave, pacífico... Lo que se dice una malva.

La voz de Lola le obligó de nuevo a prestar atención al teléfono.

—Te advierto que a la hija de mi madre no le tomas tú el pelo. Si de aquí a diez minutos no has venido, iré yo a tu casa. ¡Está claro?

—Clarísimo. Voy al instante.

Dejó el receptor y dijo a Clara, con grandes muestras de nerviosidad:

—Tengo que ir a ver a mi director.

Deseaba evitar que Lola fuera al piso y encontrarse a Clara. ¡Qué compromiso para todos! ¡Y qué escenita! La acabarían en la casa de Socorro.

—Entonces... —dijo Clara, disponiéndose a marchar.

—No, no se vaya. Yo vengo en seguida. Es cuestión de un cuarto de hora. Se trata de un recado urgente. Le ruego que no se mueva de aquí, Clara.

Y ella, que deseaba ardientemente el consuelo de las palabras de aquel hombre, accedió a esperarle.

Alfredo, poniéndose su largo abrigo, se encaminó rápidamente al Odeón...

Marchó con tanta precipitación, que se le cayó la bufanda al salir de la casa y no se dió cuenta de ello, como tampoco de que se dejaba la puerta entreabierta...

* * *

Mientras tanto, Pura y Anatolio seguían tomándose la vida dulcemente. Llevaban cerca de una hora de camino, cuando el tren se detuvo bruscamente.

Se asomaron a la ventanilla. Un empleado del tren les explicó:

—Un desprendimiento de tierras nos impide seguir adelante.

—¿Por mucho tiempo?

—Por toda la noche. Está cerrado el camino. El tren regresará a la estación de partida.

Los dos amantes se contemplaron con profunda desolación.

—Tú dirás lo que hacemos ahora, Anatolio—pronunció ella, sonriente.

—Supondrás que no voy a abandonarte aquí, querida.

—Es de esperar.

—Mira, ya que no hay otro remedio que regresar, nos volveremos. Pasaremos el resto de la noche en el hotel Europa y saldremos nuevamente cuando esté libre la vía. ¿Qué te parece?

—¡Bien!

Y, riendo, vieron cómo el tren retrocedía de nuevo.

El humor de la pareja no se amargó por el contratiempo. Todo lo contrario. Especialmente

Anatolio, estaba muy alegre. La idea de poder dormir en cama confortable era más interesante que la de permanecer en el tren...

Ya en la ciudad, tomaron un departamento en el hotel Europa, compuesto de una salita y la alcoba con cama de matrimonio.

También en el mismo hotel se instaló el señor Sanders, el viajero amigo de Anatolio.

Para la feliz pareja llegó el momento de meterse en cama. Anatolio puso la fragante ropa interior de ella sobre el lecho. ¿Qué esperaba Pura para desnudarse?

Pero la pícara muchacha se echó a reír y se negó a complacerle.

—Ahora te marchas de la alcoba, Anatolio... Pasarás la nochecita en la sala.

—¡Qué absurdo!

—Tienes que obedecer... Comprende que yo no soy tu media naranja.

—Purita, no seas cruel.

—Lo que quieras, amigo mío, pero márchate de aquí.

Y, gozándose en la indignación... natural de Anatolio, le empujó fuera de la habitación y cerró por dentro la puerta.

El suplicio de Anatolio fué espantoso y llamó repetidas veces a la puerta.

Ella, sin contestar, se desnudaba y quedaba en clara ropa interior.

—¡Purita!... ¡Abre!... ¡Te quiero!—decía con lastimera voz mientras fumaba un cigarrillo y echaba el humo por el ojo de la cerradura.

—¡Nada, amiguito! Un hombre casado tiene el deber de la fidelidad.

—¡Qué fidelidad ni qué niño muerto! ¡A ver si

te crees que he salido de viaje contigo para cantarte salmos!

—Gracias por la intención... pero no hay de qué.

Y, perversa y felina, le envió un beso a través de la puerta y metióse en el lecho, arrebujándose ancha y solitaria en aquel tálamo matrimonial.

Anatolio tuvo que resignarse a lo inevitable. Y sentándose ante la puerta, cogió un retrato de Clara que llevaba consigo y, besándolo, exclamó:

—¡Ya lo ves, Clarita!... ¡Soy el marido más fiel de la tierra!

Entre tanto, Alfredo había ido al Odeón, reuniéndose con su amiguita Lola. A pesar de la prisa que tenía en marcharse, ella no le dejaba partir. ¡Ah! ¡Qué pensaría Clarita?

Clarita, al quedar sola, volvió a sentirse atormentada por los más avasalladores celos; creyó que Anatolio la engañaba, que en aquel momento estaba en los brazos amantes de otra mujer, y esto la desesperó.

¡Si pudiera olvidar!

Vió sobre una mesa una botella de champán y corrió a destaparla, deseando eliminar con ese líquido dorado sus amargos presentimientos.

Le supo a gloria aquel vinillo superior y volvió a repetir, vaciando casi toda la botella.

El alcohol no consolará las penas, pero las quita vigor, porque las emborracha.

Y esto le ocurrió a Clarita. Con aquel champán se sintió otra... con unos deseos terribles de soñar en locos amores y dormir largo rato... hasta el fin del mundo.

De pronto, entre los humos de su "merluza" vió en la alcoba cercana un hermoso y dorado lecho, y,

de modo inconsciente, bajo la influencia del champán, que ponía nubes en su cerebro, se encaminó a la cama, despojóse de sus vestidos, del sostén, del corsé, de sus pantalones, y quedando en simple camisita y medias de seda, se tendió tranquilamente en la cama, como si estuviera en su casa.



No se daba cuenta del compromiso que ello podía acarrearle.

No se daba cuenta del compromiso que ello podía acarrearle.

Para su imaginación, oscurecida por el champán, no había más que un deseo: dormir la borrrachera.

Y así lo hizo.

* * *

Pasó largo rato.

Por las calles, desiertas, caminaban dos miembros del Comité de investigación de la Sociedad moralista "El Casto Velo", y un perro, miembro cuadrúpedo que constituía la avanzada de la exploración.

Esos "castos" vigilaban por el cumplimiento de todas las normas de la moral.

Eran dos hombres de aspecto ridículo, vestidos de modo anticuado.

—Es denso el aire de esta noche, compañero —dijo uno de ellos—. Parece flotar en la atmósfera un aroma afrodisíaco.

Llegaron en su camino hasta la casa de Alfredo.

Vieron extrañados que la puerta estaba entreabierta y que el perrito entraba tranquilamente por ella.

—¡Eh, Puro, Puro!—dijeron al can.

Pero el animalillo se metió en la casa.

Los dos moralistas avanzaron por el jardín y vieron en el suelo, ante la puerta, una blanca bufanda.

La recogieron y comentaron lo raro del suceso. ¿Habrían entrado ladrones en aquella mansión? ¿Estaba la casa abandonada?

Sililosamente penetraron en ella, en seguimiento del perro, avanzando por amplias y lujosas habitaciones.

Ante la estatua de una Venus comentó uno de los miembros:

—¡Mire esa figura y sonrójese, compañero!... ¡Qué impudica desnudez!

—¡Horrible!

Y siguieron avanzando, sorprendidos del silencio que allí reinaba...

Entraron en la salita que comunicaba con la alcoba, en cuyo lecho dormía los efectos del champán la linda Clara.

Esta despertó bruscamente al escuchar pasos. Vió en la salita a aquellos dos hombres desconocidos, de facha ridícula y absurda, y se estremeció.

¿Quiénes eran?

El rato que había dormido pareció haber vuelto la lucidez a su cerebro. Inmediatamente comprendió la gravedad de su situación. ¡Ah, si la descubrían!

—¡Van a verme! —se dijo—. ¡Qué apuro y qué vergüenza!

Y comprendiendo que era cuestión de no perder un minuto, levantóse del lecho y púsose sobre la fina camisita el gabán de pieles y se cubrió la cabeza con el sombrero.

No tenía tiempo de entretenérse en colocarse la ropa interior. Abrió la ventana y fué a saltar por ella.

En aquel instante, los dos moralistas descubrieron a la hermosa fugitiva.

—¡Deténgase, señorita! —gritó uno de ellos—. ¡No huya! Tenemos que hablarle.

Pero sin hacer caso de aquellas indicaciones, Clara saltó por la ventana, marchando rápidamente a su casa.

¡Ah, iba emocionada! ¡Maldito champán que le había puesto al borde de un grave compromiso!

La rápida huída de aquella soberbia mujer preocupó profundamente a los de "El Casto Velo".

Alguna cosa tendría que ocultar la joven cuando desaparecía de aquel modo.

No dudaron ya de que aquella casa en la que había tantas estatuas y cuadros impúdicos era la "garçonne" de algún despreocupado caballero.

Entraron en la alcoba y descubrieron la fina ropa abandonada por Clara.

—¿Qué opina usted de esta ropita interior? ¡Ni para muñeca! —dijo uno de ellos—. No se parece a la de mi mujer.

—Realmente, es indigna esa manera de vestir —comentaron—. ¿Y quién será esa señora? Hombre, aquí hay un monedero. Si nos diera la clave...

Lo registraron y encontraron en él unas tarjetas que decían:

CLARA DE HERBERT

Vidrio, 9

—¡Ah, una señora casada! ¡Parece mentira! ¡Qué descocado este mundo!

—Es nuestro deber salvar un alma del abismo del pecado.

—Naturalmente. Esa señora es infiel a su marido y ésta debe ser la casa de su amante...

Escribieron unas líneas en un papel. Luego anudaron el escrito a una servilleta y colgaron ésta de la gran lámpara de la salita.

Y apoderándose tranquilamente de la ropa interior, salieron de la casa, en compañía del perro, que había devorado un plato de embutidos y movía la cola alegramente.

* * *

En el "Hotel Europa" acababa de ocurrir un grave acontecimiento. El señor Sanders, antes de retirarse a dormir, acostumbraba tomar café

con leche bien caliente. Lo calentaba en un hornillo.

Mientras esperaba el momento de que la leche estuviese a punto, nuestro hombre se aplicaba masaje para conservar las líneas de su cuerpo.

En uno de los movimientos gimnásticos, mientras se aplicaba sobre el vientre el higiénico rodillo, perdió el equilibrio y tumbó la silla y la maleta, sobre la que tenía encendido el infernillo.

Rápidamente las llamas prendieron en un cortinaje y el fuego se propagó hasta el techo y a las cortinillas del cercano balcón.

Horrornado de lo ocurrido, Sanders cogió un par de maletas y, a medio vestir, salió desesperadamente de su habitación.

En el cuarto quedaba la maleta, en la que ya había prendido el fuego y que guardaba las postales de Anatolio, que en poco tiempo quedaron reducidas a pavesas. ¡Eran tan inflamables!

Sanders, atemorizado, al llegar al corredor, vió a un camarero que estaba dormitando sentado en una silla y le gritó:

—¡Fuego!

El criado, maquinalmente, encendió una cerilla, creyendo que le pedía lumbre para el cigarro.

Pero al oír que el viajero repetía con mayor intensidad la voz de ¡Fuego! se levantó y pudo comprobar que ya las llamas saltan con rapidez de uno de los cuartos.

Dando tremidos gritos, despertó a los clientes con voz angustiosa.

En un momento salieron de sus cuartos todos los huéspedes, muchos en ropa interior.

Sanders bajó velozmente las escaleras, apartan-

do al conserje, que pretendía pedirle explicaciones, y marchando rápidamente a la calle.

Varias muchachas que se hallaban entrenándose con saltos gimnásticos en una de las salas del hotel, salieron también, sin preocuparse demasiado de cubrir sus armoniosas formas.

Anatolio, al enterarse del incendio, llamó en seguida a su amiga, que dormía en el mejor de los sueños.

Vistióse ella en un santiamén, y ya listos los dos, se encaminaron a la calle, maldiciendo las peripécias que les estaban sucediendo.

Al salir por la puerta giratoria del hotel les impidieron el paso los bomberos.

—¡Denme ustedes sus nombres para el informe a la policía! —dijo un jefe de bomberos.

—¡Juanito Miller y su institutriz! — exclamó Anatolio, riendo cómicamente.

Y, acariciando a su amiga, marchó de allí, desorientado y sin saber dónde dirigirse.

—Mira, por de pronto, subamos a un automóvil... ¡Ah, ya sé! Lo mejor será que nos vayamos a casa de mi amigo Alfredo.

—¡Qué nochecita, Anatolio!

Subieron a un taxi y Anatolio dió la dirección de su buen camarada Alfredo.

Este, en el Odeón, había estado rogando a Lola con insistencia que se marchase. Sufría por Clara.

Consiguió, por fin, que Lola accediese a partir.

—Esta noche estás inaguantable, Alfredo. ¡Anda, vamonos!

Ayudó a poner a su amiguita el abrigo, pero lo hizo del revés, causando la risa de los concurrentes.

—Todo lo haces mal con tu maldita prisa—pro-

testó la joven—. ¿Es que se te quema la casa, rico?

—Es que estoy un poco nervioso...

Salieron a la calle. Alfredo llamó a un taxi, quien paró en seco ante ellos. Estaba ocupado y en él iban Pura y Anatolio. Este, al ver a su amigo, había hecho ya detener inmediatamente al vehículo.

Saltó Anatolio del coche y estrechó la mano de su camarada.

Lola aguardaba, entre tanto, ante la puerta del cabaret.

—¡Alfredo! ¡Qué suerte encontrarte!—le dijo Anatolio—. Vienes como llovido del cielo.

—¿Qué te ocurre? ¿Cómo estás tú aquí?

—¡Qué de peripecias, chico!... El viaje, fracasado... Fuego en el hotel... Gracias a que tu piso será mi refugio.

—¿Mi piso, dices?—exclamó, recordando a Clara—. ¡Ni pensarlo!

—¡Alfredo, no querrás que pase la noche con esta dama en un banco de un paseo!

Y le presentó a Pura, a quien Alfredo saludó, encantado, desde la ventanilla.

—Sin embargo, yo...

—Siempre será más prudente que me lleves contigo que presentarme ante mi mujer—agregó Anatolio.

Lola se acercó a los dos hombres y Alfredo tuvo que hacer mutuas presentaciones.

Acabó por acceder a los deseos de Anatolio de que le instalara en su casa. Y todos se acomodaron en el coche, con el consiguiente espanto de Alfredo, que pensaba en el terrible conflicto que se avecinaba.

Clara, en su casa... Iba a haber una tragedia... ¿Qué diría Anatolio? ¡Y no iban a estallar también con verdadera furia los celos de Lola?

La situación estaba embrollada. ¡Milagro sería si salía ilesa de ella!

Lola le dirigía miradas furibundas. Aquellos amigos de Alfredo acababan de amargarles la velada.

Llegaron a la casa de Alfredo, quien, para evitar en lo posible una catástrofe, dijo a sus amigos:

—Un momento. He de ver si mi casa está en condiciones de recibiros.

Entró corriendo en la sala y dijo:

—¡Clara! ¡Su marido viene! ¡Váyase por la escalera de servicio!

Pero... Clara no estaba en ningún sitio.

¡Qué extraño! Buscó en todas las habitaciones y... silencio. La ventana abierta de la alcoba le dió la solución.

Respiró profundamente. La esposa de Anatolio, cansada seguramente de esperar, había saltado por allí. ¡Menos mal!

Ocultó el servicio del champán bajo un almohadón.

Iba ya a hacer entrar a sus amigos cuando se fijó en una servilleta que con un papel colgaba de la lámpara.

Recogió el papel y leyó, aterrado:

Libertino caballero:

Retroceda en su senda de depravación. Aun está usted a tiempo de abjurar de su torpeza, alejándose de la tentadora. Nosotros enviaremos al pobre marido la escandalosa ropa íntima de su mujer.

*Con nuestros morales saludos,
EL COMITE DE "EL CASTO VELO"*

Se tambaleó, creyó que faltaba tierra a sus pies.
¡La caraba!... Pero ocultó rápidamente la carta al ver entrar a Anatolio en compañía de Lola y de Pura.

¡Ay la amenaza de los moralistas!

Pero, Señor, Señor... ¿Cómo Clara se había despojado de sus ropas íntimas? ¡Estaba loca?

* * *

Clara había llegado a su casa, y al hallarse ante la puerta, lanzó un grito.

—¡Dios me valga! ¡Mis llaves están en casa de Alfredo y mi servidumbre en la calle!

¿Qué hacer, qué hacer? Todo salía mal aquella noche...

—No hay más remedio que volver por las llaves—se dijo.

Y reemprendió su camino, preguntándose si estarían aún en casa de Alfredo aquellos dos hombres enlutados. Su cuerpo casi desnudo temblaba de miedo bajo el abrigo de pieles.

Y, entre tanto, Alfredo hacía nerviosamente los honores de la casa a sus huéspedes.

Las dos mujeres permanecían sentadas en un diván con aire de fatiga. Cerca, Alfredo decía a su amigo:

—Debes ir a ver a tu mujer, Anatolio. ¡Figúrate su inquietud si ha sabido el accidente ferroviario!

—¡Oh, no! Prefiero quedarme aquí.

—Pero...

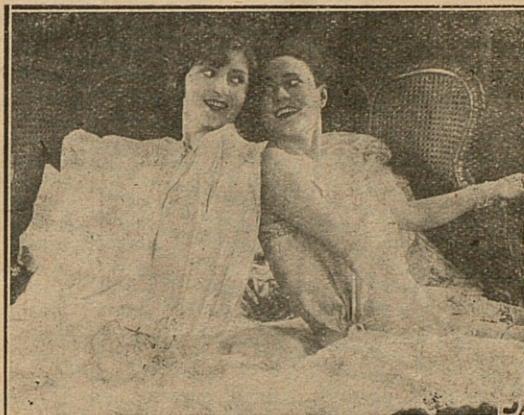
Pura dijo, al ver el lecho en la contigua alcoba:

—¡Qué cansada estoy! ¡Necesito más un buen sueño que una herencia!

—Duerma usted, señorita. Mi cama está a su disposición—respondió Alfredo.

Pero la celosa Lola saltó como una fiera:

—Ella quedarse a dormir en tu casa y yo no?—exclamó con malicia—. Te va a hacer daño,



... desnudándose rápidamente...

hijito. Todavía no soy tan tonta. Me quedaré yo también a dormir.

Y las dos muchachas se encaminaron a la alcoba, desnudándose rápidamente y quedando en unas deliciosas "toilettes" interiores.

En la salita cercana, Alfredo saltaba de impaciencia. Quería llevarse a Anatolio a casa de éste para poder hablar con Clara y enseñarle la carta de los moralistas. Era preciso que viviese preve-

nida y que preparase su defensa contra la acusación.

—Vamos, Anatolio. Tu deber es estar al lado de tu esposa. Yo te acompañaré hasta tu casa.

—En fin, ya que te empeñas y aquí no hay sitio...—dijo, riendo y mirando a las dos mujeres, que ya, ligerísimas de ropa, se metían en el lecho y les sonreían con picresco gesto—. Pero, oye, veo que aquí hay ropa tendida—añadió, señalando la lámpara—. ¿Es un símbolo, Alfredo?

—Casi... casi... El nudo debía recordarme una cita para esta noche. Pero anda, no perdamos tiempo.

Salieron los dos, y ya en la calle, Anatolio, que llevaba una maleta, volvió a negarse a ir a casa. Alfredo le cogió por un brazo y casi le arrastró en dirección a su hogar, dándole consejos durante el camino.

Estuvieron a punto de cruzarse con Clara, que pasó casualmente muy cerca de ellos, sin verles... Tampoco los dos amigos se fijaron en ella.

Momentos después, Clara entraba en la casa de Alfredo con ánimo de recoger el monedero.

Entró de puntillas y su sorpresa fué indescriptible cuando vió en el lecho, durmiendo, a dos hermosas mujeres.

—¡Qué extraño!—exclamó—. O éste las tiene a pares o ha puesto una pensión para señoritas.

Y como no viera en ninguna parte el monedero, marchó rápidamente, temerosa de ser descubierta.

Volvió a su casa y, desesperada, tuvo que permanecer ante la puerta, sin poder entrar.

Anatolio y Alfredo seguían su ruta. Pero el marido de Clara se negaba a continuar.

—A cualquier parte iré menos a casa—decía—. Tengo miedo de mi mujer.

—Es preciso ir. Figúrate si tu esposa averigua la verdad...

A regañadientes volvió a proseguir su camino. Y, ya cerca de su casa, quedaron sorprendidos al ver a Clara, apoyada en la verja.

—¿Clara aguardándome? — dijo Anatolio —. ¡Eso es que lo sabe todo!

—Espera. Iré a hablarla.

Alberto acercóse a Clara y le dijo:

—¡Anatolio está aquí! ¡Discreción, Clara! Usted y yo no nos hemos visto.

La joven contempló con espanto a su marido, quien ya avanzaba hacia ella.

Anatolio, conteniendo sus temores, interrogó a la esposa:

—¿Qué es esto? Qué haces en la calle a estas horas?

Comprendió Clara la necesidad de una inmediata explicación para que él no incurriera en sospechas. Y dijo, inventando una historia:

—He tenido que huir por la ventana. ¡Hay ladrones en casa!

—¡Demonio! ¡Entremos en seguida!

Llegaron a la puerta. Anatolio, con sus llaves, abrió y penetraron los tres en el piso.

Desapareció Clara rápidamente hacia sus habitaciones interiores, mientras su marido iba en busca de un revólver y Alfredo aguardaba en el recibidor.

Clara llegó al cuarto ropero y, abriendo un armario, escogió un traje.

Quitóse el gabán y colocó sobre su camisa la suave tela de un vestido.

Luego, para dar mayor verosimilitud a los supuestos ladrones, desparramó trajes por el suelo, tiró a tierra unas cuantas sillas y abrió la ventana que daba a un jardín.

Entre tanto, Anatolio había cogido un revólver y entrado furtivamente en una habitación donde estaba Alfredo consumiéndose de impaciencia.

Tomó Anatolio por un ladrón a su amigo, occasionando a éste un gran susto.

Luego se dirigieron al cuarto ropero, donde Clara, simulando una gran emoción, señaló una ventana abierta y dijo:

—¡Por ahí han salido los dos malvados!

El marido salió al jardín en persecución de los supuestos ladrones y Alfredo enseñó entonces a Clara la cartita de los moralistas.

—¡Qué conflicto! —dijo ella, nerviosa, febril, después de enterarse de su contenido.

Y ella explicó brevemente la causa de que se hubiera olvidado la ropa interior. El champán tuvo la culpa.

¿Qué hacer para evitar que llegaran aquellos idiotas? Pero Alfredo deseaba marchar para no asistir a la grave escena. Ya había prevenido a Clara. Ahora él no tenía otra solución que partir.

Anatolio volvió a su lado después de su infructuosa tentativa de descubrir a los ladrones y Alfredo ocultó de nuevo la carta en uno de sus bolsillos.

—¿Alguna cita de amor? —dijo Anatolio, riendo.

—Sí... Eso... Ya te dije antes que tengo una cita... Adiós; no puedo entretenerte...

—Ya te marcharás, hombre...

Y, quieras que no, le obligó a permanecer allí

y a beber unas copitas de licor a la salud de Clara.

Anatolio le estaba muy agradecido por el favor que le había hecho librándole de Pura y le demostraba su gratitud con cariñoso afecto.

Pero su amigo sólo quería escapar, temiendo la inminente llegada de los moralistas. Miraba con rabia a Clara por haberle comprometido de aquel modo. ¡Ah! ¿Por qué hubo de desnudarse en una casa que no era la suya? ¡Si, al menos él hubiese estado presente, para contemplar sus exquisitas reconditeces!

Aquella entrevista no parecía acabarse nunca. Tantas veces como Alberto quiso marcharse se lo impidió Clara. Anatolio explicó a su manera lo ocurrido durante su viaje y las causas de su interrupción.

—Iba yo pensando en mi mujercita, sin dar oídos a la charla insustancial de un compañero de viaje —dijo—, cuando, de repente, un ruido espantoso y una violenta trepidación del tren estuvieron a punto de hacerme saltar despedido por la ventanilla... Había habido un desprendimiento de tierras. Y no hemos tenido otro remedio que regresar... Pero tú, Clara, no me has explicado todavía eso de los ladrones...

Clara, que había creído a pies juntillas la odisea de su marido, desechando toda idea de infidelidad, inventó una bien estudiada historia de dos ladrones que habían entrado en su habitación con ánimo de robar... Para huir de ellos no había tenido otro remedio que saltar por la ventana y permanecer en la calle, en espera de que pasase alguien para pedir auxilio. Afortunadamente, en aquel instante llegó su maridito.

Alfredo la escuchaba, admirando su desparpajo. En aquel instante, escuchóse el rumor de unos cercanos pasos en el pasillo contiguo y en el recibidor.

—¡Los ladrones! —dijo Anatolio.

Corrieron allá; no había nadie absolutamente. Pero Alfredo se despidió poco después, inmensa-



Tantas veces como Alberto quiso marcharse, se lo impidió Clara...

mente nervioso, y con un profundo anhelo de verse cuanto antes en la calle.

Lo que interesaba era salir al encuentro de los del "Casto Velo" para pedirles que no llevaran a cabo su propósito.

Clara volvió a su habitación y Anatolio acompañó a su amigo hasta el recibidor.

—Ah, los pasos que ellos habían escuchado eran nada menos que los de un miembro de "El Casto

Velo", quien había entrado furtivamente en a casa y depositado junto a un abrigo las prendas íntimas de la señora.

Su compañero le esperaba en la calle, y al reunirse ambos, el que había efectuado la diligencia exclamó:

—Hemos podido hacer la gran plancha, compañero. Este es el domicilio de Antonio Herbert, nuestro socio de honor.

—¿Qué dice usted?

—Sí, sí!... Lo he leído en la placa que tiene en la puerta. Ya ve usted qué mujer le ha caído en suerte. ¡Ah, por no darle un disgusto he devuelto las prendas, pero me he abstenido de dejar la carta de denuncia que habíamos escrito.

—Ha hecho usted bien. ¡Ah, nuestro pobre amigo!

Y partieron, haciendo amargos comentarios sobre el caso.

Dentro de la casa, Anatolio ayudó a su amigo a ponerse el abrigo y encontró en el colgador, junto a aquel gabán, ropas íntimas de Clara.

—¡Qué distraída es esta Clara! —dijo, riendo—. ¡Se deja su ropa por todas partes!

Alfredo hizo un gesto de asombro.

Y, febril, despidióse de su amigo, quien le repitió las gracias por todos sus favores, y se ofreció a la recíproca.

Anatolio, sonriente, se encaminó a la habitación de su esposa. Clara se había ya desnudado y metido en cama.

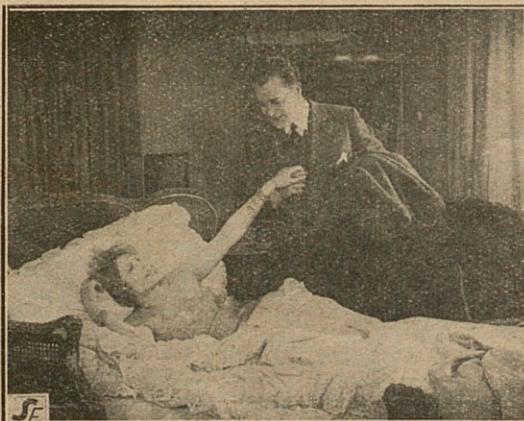
Por la ventana había ella visto poco antes desaparecer a los dos moralistas. Su corazón palpitó, asustado, temiendo una denuncia de aquella gente. Y al ver entrar a su marido con aquellas pren-

das íntimas en la mano, hizo un gran esfuerzo y procuró sonreír.

—Le habrían hablado? ¿Sabría algo?

—¡Chiquilla! —le dijo él con aire tranquilo, suave—. No sé ya dónde vas a quitarte los pantalones.

—¡Oh... verás!... ¿Dónde los has encontrado?



—No sé ya dónde vas a quitarte los pantalones.

preguntó procurando aparecer lo más serena posible.

—En el recibidor. Debes tener cuidado, Clarita. La joven suspiró alegramente al comprender que su marido desconocía toda la verdad. Los moralistas no habían sido tan malos... Se limitaron a devolver la ropa.

Y viendo a su esposo tan confiado y feliz, lo

abrazó febrilmente, llenándole del tibio perfume de su cuerpo semidesnudo. ¡No, no le engañaría nunca, nunca!... Y evitaría cualquier ligereza que pudiera comprometerle alguna vez.

Alfredo regresó a su casa, proponiéndose también evitar intimidades con mujeres casadas.

A la mañana siguiente despertaron las dos bellas huéspedes de "garçonnière", y mientras Pura se marchaba después de agradecerle su hospitalidad, Lola se instalaba allí para pasar una temporada a su lado.

Aquella misma tarde Anatolio escribió una carta a Pura, renunciando para siempre a su amor.

Y Alfredo fué a visitar a los miembros de la Liga de la Moralidad, arrancándoles la promesa de que mantendrían en secreto lo sucedido.

Después se dirigió a ver a sus amigos y pudo comunicar a Clara su entrevista con los de la Liga Moral. Nada debía temer... El asunto quedaba liquidado.

Clara estaba radiante de dicha ante aquella noticia y al saber también que su marido renunciaba a su viaje.

Y aquella noche mostróse con Anatolio la más cariñosa, la más sugestiva de las esposas enamoradas...

Y si alguna vez—porque nadie sabe lo que puede suceder—se veía en el caso de quitarse los pantalones en una casa que no fuese la suya, tendría buen cuidado de no dejárselos...

F I N

Ha sido revisada por la censura



Ya se ha puesto a la venta

en las selectas Ediciones Especiales
de La Novela Semanal Cinematográfica

Las tres pasiones

por Alice Terry

NO SE OLVIDE DE

La Novela del Chofer 30 cts.

La mejor publicación de novelas modernas

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

Lujosa nueva colección de novelas, con posf. regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caffio, 1

E
B